

LA CULTURA LITERARIA DEL CLERO VISIGODO

I

El tema que anunciamos en este artículo no deja de ser sugestivo, y si le hubiéramos de abarcar en toda su extensión, necesitaríamos demasiadas páginas de la revista. Por eso hemos de ceñirnos a tratarlo en síntesis, dejando para una obra que preparamos el estudiarlo más a fondo y en sus múltiples aspectos.

Las noticias y datos que aquí aportamos, los hemos cogido más que de las obras de los escritores visigodos, de su correspondencia íntima; la cual nos da a conocer no sólo el ansia que aquellos hombres sentían por ensanchar el campo de su cultura, sino también su mutua comunicación espiritual, las preocupaciones de su alma, los sentimientos más recónditos de su corazón; que, aunque aquellos esclarecidos varones se llamaran Braulios, Eugenios e Isidoros (y fueran santos), llevaban dentro de sí un alma como la nuestra, expuesta a los vaivenes y zozobras de la vida, con sus altos y bajos, con sus alegrías y tristezas (éstas siempre en mayor abundancia) y con el deseo innato de hallar la felicidad.

La floración de este movimiento intelectual comienza en el siglo V y se extiende hasta la invasión de los árabes el año 711. La irrupción en España de los Suevos, Vándalos y Alanos en 409 y las de los Godos un poco más tarde, amenazaban con acabar por completo con la cultura del mundo antiguo; pero gracias al clero y a los monjes se salvaron los clásicos, y las obras de los primitivos Padres de la Iglesia. Entre los que más trabajaron por trasmisirlos a la posteridad hay que contar a los clérigos visigodos españoles. En sus escritorios los copiaron esmeradamente, y en sus armarios los custodiaron con singular craño.

Una de las características de su cultura, fué el contacto que siempre guardaron con el extranjero, evitando ese aislamiento mortal, que agota en flor las mejores iniciativas y estrecha a límites reducidos el campo del saber. En esto no hacían más que seguir las huellas de sus antepasados.

Conocemos la correspondencia de las iglesias de Astorga, León y Mérida el año 254 con Roma y con el gran obispo de Cartago, el mártir San Cipriano, a propósito de la apostasía de los obispos libeláticos, Basílides y Marcial. Conocemos la comunicación que tuvo con el Oriente el célebre Osio, Padre de los Concilios y consejero de Constantino; la visita que hizo Pablo Orosio a San Agustín en Hipona y a San Jerónimo en Belén por encargo del primero; la famosa peregrinación a Palestina de la intrépida virgen gallega, Eteria, de la que nos ha dejado ella misma una descripción encantadora que se conserva en un solo códice de la Biblioteca de Arezzo en Italia; el viaje a Tierra Santa del cronista Idacio, obispo de *Aquas Flavias* (hoy Chaves, en Portugal) donde trató a San Jerónimo y al famoso historiador Eusebio.

Pero nada tan hermoso como la carta que el presbítero Avito, natural de Braga, escribió a su obispo Balconio y a todo el clero y fieles de la misma ciudad, estando en Jerusalén hacia el año 415.

«Al bienaventurado y amantísimo siempre en el Señor, obispo Balconio, a todo el clero y a los fieles de la Iglesia de Braga, Avito presbítero: salud eterna en el Señor.

»Os ruego y suplico que os acordéis de mí, como yo lo hago continuamente de vosotros, sin poder apartaros de mi memoria, compadeciéndome con mi dolor de vuestras tribulaciones y derramando sin cesar lágrimas abundantes en estos Santos Lugares por las desgarra-duras de nuestra patria. Dios quiera restituíros la libertad, ya que os prueba de tal suerte, o por lo menos dé mansedumbre a aquéllos que permitió salieran vencedores. Por lo que a mí hace, bienaventurados hermanos, el Señor es testigo de que más de una vez he pensado ir a vuestro lado para padecer las desgracias con vosotros o gozar de vuestra felicidad; pero mis deseos se han frustrado por haberse ex-tendido ya por todas las Españas el enemigo. He temido que, deteni-do en alguna parte, me privara de la estancia en estos Santos Lugares, y no pudiera llegar hasta vosotros, pagando así la pena de mi audacia irracional. Pero el Señor se ha compadecido de mí por vues-

etros merecimientos, haciendo que viniera aquí, enviado desde África, mi queridísimo hijo y compresbítero, Orosio» (1).

A continuación les dice que les envía por su medio unos huesos y un poco de polvo del protomártir San Esteban, cuyos restos acababan de descubrirse por entonces, con el relato de la invención escrito en griego por el presbítero que los encontró y traducido por él mismo. Este último dato atestigua que Avito sabía la lengua de Homero.

Un poco más tarde y sin salir de la iglesia de Braga tropezamos con su célebre Obispo, San Martín, una de las lumbres mayores de su época. Era natural de la Panonia, región que se extendía entre el Danubio y el Ilírico, comprendiendo parte de la Hungría y de la Serbia actuales. Había viajado mucho por el Oriente y en Palestina recibió el hábito de monje. Desde allí vino a España, no se sabe por qué ni cuándo a tiempo fijo, fué Obispo de Braga hacia los años 572-580, fundó en Galicia y la Lusitania muchos monasterios, según testimonio de San Isidoro, y trabajó denodadamente en la conversión de los suevos (2).

San Martín conocía perfectamente el griego y una prueba palmaria de ello, la tenemos en la traducción que hizo al latín de las *Sentencias de los Padres de Egipto* escritas originariamente en aquel idioma (3). Había leído además a San Agustín, San Hilario de Poitiers, las obras de los Padres de la Iglesia Oriental y los Sínodos allí celebrados, a los que hace varias veces referencia. Al defender, en una carta al Obispo Bonifacio, el Bautismo administrado por triple inmersión, cita los comentarios de San Jerónimo a la Epístola de San Pablo a los Gálatas y la pasión de San Silvestre (4). En la obra *De la corrección de los rústicos* (5), dirigida a cortar las supersticiones que practicaban los campesinos gallegos, es tal la erudición mitológica que acumula, que se ve bien a las claras que estaba familiarizado con el mundo clásico griego y latino. Sin embargo, su autor favorito fué Séneca el joven, oriundo de Córdoba y preceptor de Nerón. En

(1) FLÓREZ. *España Sagrada*, t. 15, 1759, pág. 374.

(2) Ibid., pág. 111.

(3) Ibid., pág. 433.

(4) Ibid., pág. 423.

(5) Ibid., pág. 425. De esta obra publicó Caspari una edición crítica, titulada: *Martins von Bracaras Schrift, de Correctione rusticorum*, Cristiania, 1883.

los tres libros del filósofo pagano acerca de la *Ira* está calcado el tratado que con el mismo título escribió San Martín (1); y en un trabajo del propio Séneca, hoy perdido, se inspiró para redactar su *formula de la vida honesta* (2). El primero de dichos escritos lo emprendió a instancias del rey Mirón, al que en la dedicatoria llama gloriosísimo, tranquilísimo e insigne por su piedad y fe católica; el segundo a ruegos del Obispo Vitimiro.

Es lástima que se nos haya perdido una colección de cartas, a las que alude San Isidoro y que había leído él (3), pues en ellas hubiéramos a buen seguro sorprendido citas de valor para nuestro intento, y los nombres de los personajes con quien estuvo el Santo en comunicación espiritual.

Lo que fué San Martín de Braga para los suevos, eso fué San Leandro para los visigodos. Arzobispo de Sevilla desde el año 584 aproximadamente, trabajó con ahínco en su conversión hasta su muerte, acaecida en 601, logrando reducir a Hermenegildo y a su hermano Recaredo, quien en el tercer Concilio nacional de Toledo, celebrado el 8 de mayo del 585, abjuró el arrianismo y se pasó al catolicismo con toda la gente goda.

Pero antes de lograr estos resultados, hubo Leandro de padecer el destierro, a que le condenó Leovigildo, dirigiéndose a Cartagena por los años de 582, donde dominaban aún los bizantinos o imperiales. Estando en esta ciudad, determinó emprender el viaje a Constantinopla, para ver si por medio del emperador Tiberio se arreglaban las disensiones existentes entre visigodos y latinos españoles, y se salvaba la religión católica. Al llegar Leandro a aquella hermosa ciudad, encontró allí a un personaje célebre, que había ido de Roma a pedir auxilio contra los Longobardos, y había de sentarse unos años más tarde en la Catedra de Pedro, con el nombre de Gregorio. Ambos a dos abundaban en los mismos sentimientos de recogimiento y fervor; por lo cual, apenas se conocieron, se penetraron sus almas, uniéndose con estrecha amistad, que duró toda la vida.

(1) FLÓREZ. *España Sagrada*, t. 15, 1759, pág. 406.

(2) *Ibid.*, pág. 383.

(3) *Isidor und Ildefons als Litterarhistoriker. Eine Quellenkritische Untersuchung der Schriften. De Viris illustribus des Isidor von Sevilla und Ildefons von Toledo* von GUSTAV VON DZIAŁOWSKI, Münster i. W., 1898, pág. 58. En lo sucesivo citamos siempre esta edición que es el segundo cuaderno del volumen IV, de la publicación: *Kirchengeschichtliche Studien*, Herausgegeben von DR. KNÖPFLER, DR. SCHRÖRS, DR. SDRALEK.

Gregorio abrió su corazón atribulado a Leandro, y determinaron vivir juntos bajo un mismo techo con los compañeros que el primero había llevado de Roma y observando la regla monástica. En este mutuo trato pudo ver Leandro el talento extraordinario de Gregorio, y le animó a que escribiera una exposición del libro de Job, él que tan a fondo conocía la Sagrada Escritura y tanto sabía de penas.

Emprendióla, en efecto, Gregorio, dedicándosela a su amigo Leandro en una carta que sirve de prólogo. Allí le dice, entre otras cosas: «Ya hace tiempo, bienaventurado hermano, que derramé en tu corazón todo cuanto malo tenía dentro del alma, cuando nos conocimos en Constantinopla, estando yo allí por orden de la Sede Apostólica, y tú para arreglar lo referente a la fe entre los visigodos... Entonces me importunaste, juntamente con los hermanos que vivían con nosotros, como recordarás, a que expusiera el Libro del bienaventurado Job, declarando, en la medida de mis fuerzas, los profundos misterios en él encerrados... No cabe duda que ésta fué una inspiración divina, a fin de que comentara al herido Job el que está sangrando; y, ciertamente, mis tribulaciones deben de enderezarse a que pueda mejor conocer al atribulado (1).» Esta exposición del libro de Job, escrita por el gran Papa, ha pasado a la posteridad con el nombre de *Morales* de San Gregorio Magno.

La obra está dividida en seis tomos o partes, que contienen treinta y cinco libros. Por su grande extensión no pudo acabarla su autor de una vez. Al principio la redactó en forma de homilías, y así estaba compuesto el ejemplar que trajo a España Leandro hacia el 585. Pero no contentando ni a él ni al Arzobispo de Sevilla la forma homilética, se decidió Gregorio a exponerla en forma de comentario. Escribiendo a su amigo el año 591, le dice que la ha terminado; pero que no se la manda por no tenerla completamente transcrita y no poder esperar el correo a que se acabe (2). El 595 se la envía, pero sin la tercera y cuarta parte, bien porque aun no les había dado el Santo la última mano en la corrección, bien por no tener copia de las mismas preparada al efecto (3). Gregorio ultimó la redacción definitiva hacia el 597, según se deduce de que en el capítulo once del libro veinti-

(1) *MICNE. PL.* tomo 75, col. 510.

(2) *Ibid.*, tomo 77, col. 498.

(3) *Ibid.*, col. 779.

siete menciona la conversión de Inglaterra (1), que tuvo lugar ese año. Quizás por ese tiempo debió de expedirla a Leandro, pues en la carta que le dirigió en 599 anunciándole el envío del palio (2), para nada se refiere a los *Morales*, cosa inexplicable de no habérselos mandado ya antes en su totalidad.

Es increíble el interés que esta obra despertó en España. Al desembarcar Leandro en Cartagena, enteró de ella a su Obispo Liciniano, el cual cogió la pluma y escribió a San Gregorio de ésta suerte:

«Al bienaventurado Señor Gregorio, Papa, el Obispo Liciniano: *El Libro de las Reglas*, escrito por Vuestra Santidad, que ha llegado a nosotros con la divina gracia, le hemos leído con tanto más gusto, cuanto que en él hemos hallado normas admirables para el espíritu... Hace unos años, volviendo Leandro, Obispo de Sevilla, de la ciudad regia (Constantinopla), nos visitó de paso, y nos dijo que tenía unas homilías compuestas por vuestra beatitud, acerca del libro del Santo Job... Algo más tarde le enviasteis una carta sobre la triple inmersión (en el bautismo), en la que decís que os desagrada la forma de la obra, y que, con mejor acuerdo, habéis decidido ponerla seguida en forma de comentario. Es cierto que poseemos los seis libros de San Hilario, Obispo de Poitiers, que tradujo al latín del texto griego de Orígenes, pero no está todo expuesto según el orden del libro del Santo Job. Y no deja de admirarnos que un hombre tan docto y Santo tradujera las necedades de Orígenes sobre los astros; pues a mí, beatísimo Padre, nadie me podrá persuadir que los astros del cielo son espíritus racionales, cuando me consta por la Escritura que no fueron creados ni entre los ángeles, ni entre los hombres. Dígnese, por lo tanto, vuestra Beatitud, enviar a mi pequeñez la obra del *Libro del Santo Job*, y los otros de tema moral, mencionados en el *Libro de las Reglas*; porque tengo deseos de seguir aprendiendo hasta mi vejez, como dice tu Gregorio [sin duda el Nacianencio]. Que el Dios Trino, accediendo a nuestros deseos, conserve incólume, beatísimo Padre, vuestra corona, para enseñar a la Iglesia.» (3)

San Isidoro poseyó esta obra, y en el capítulo dedicado a San Gregorio en su tratado sobre los *Varones ilustres*, por él conocidos,

(1) MIGNE. PL., tomo 76, col. 414.

(2) MIGNE.. PL., tomo 77, col. 1.050.

(3) IBD., col. 599.

habla de ella en los siguientes términos: «El mismo Gregorio comentó, a ruegos del Obispo Leandro, el *Libro del bienaventurado Job*, en sentido místico y moral, y explicó toda su historia profética en treinta y cinco libros, con soberana e inextinguible elocuencia. Los misterios ocultos que allí se descubren, los preceptos que allí se dan para suspirar por la vida eterna, el ornamento del lenguaje con que todo resplandece, no habrá nadie, por sabio que sea, que lo pueda explicar, aunque todos sus miembros se convirtieran en lenguas.» (1)

Difícilmente se podría hacer un elogio más encomiástico de la obra del gran Papa. San Isidoro se benefició además mucho de ella.

Precisamente uno de los capítulos más interesantes de nuestra historia literaria es la vida que los *Morales* de San Gregorio tuvieron en nuestra patria y el influjo que ejercieron, tanto en las obras de carácter teológico de nuestros autores, como en la formación espiritual de las almas. El Padre Serrano, O. S. B., publicó hace unos años dos artículos sobre este tema en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (2), de mucha importancia y bien documentados, que desgraciadamente han quedado casi en el olvido. Aunque sus resultados no son definitivos, ha logrado con todo recoger no pocos datos acerca de este problema, que nosotros vamos a resumir aquí; porque aparte del valor que por sí mismos tienen, quizás sirvan de estímulo a alguno de nuestros lectores para ahondar más en el tema, y de ejemplo para llevar a cabo estudios similares sobre puntos parecidos.

El gran arzobispo de Sevilla extractó de los *Morales* de San Gregorio el resumen que incluye en la parte sexta, cap. II, núm. 2, de las *Etimologías*, que lleva por título: *De los libros y oficios eclesiásticos*. En la parte octava de la misma obra acude a la exposición de San Gregorio para explicar el nombre de Dios, *qui est*, sus atributos, lo que son los Angeles y demás jerarquías de espíritus puros; en la parte décima, titulada *Alfabeto de ciertas voces*, toma prestada al mismo escrito la interpretación de la palabra *misericordioso* y de otras varias. Utiliza asimismo los *Morales* en sus *Alegorías de las*

(1) *De Viris illustribus*, cap. XL, pág. 67.

(2) *La obra «Morales de San Gregorio» en la literatura Hispano-goda. Apuntes*, Tomo 24, 1911, págs. 482-497.—*Traducciones castellanas de los «Morales» de San Gregorio*, Tomo 25, págs. 389-405.

Sagradas Escrituras, al dar la exégesis de Dan, Job, Eliud, etc.; de allí toma la diferencia entre la prevaricación de los Angeles y del hombre en sus dos *Libros de las diferencias* o *Propiedad de las palabras*. (Lib. II, núm. 15.) En el trabajo sobre el *Nacimiento y muerte de los Patriarcas* resume, de la misma obra, la noticia biográfica de Job, y en los *Proemios al Viejo y Nuevo Testamento*, el prólogo que pone al mismo libro, y la significación alegórica de los personajes que en él salen. Capítulos enteros cita en sus *Cuestiones sobre el Antiguo Testamento*, y, finalmente, sus *Tres libros de las sentencias o del soberano bien* están tejidos, según frase de San Braulio, «con flores de los libros *Morales* de San Gregorio» (1).

En los tiempos posteriores se acrecentó, si cabe, la fortuna de la obra del gran Papa en España. Tajón calca en ella sus *Cinco libros de las sentencias*, y emprende un viaje a Roma para traer a España los escritos gregorianos que no se hallaban en nuestra patria. Este viaje científico de Tajón ha sido muy mixtificado. El anónimo de Córdoba o Pacense, como se le llama a veces, o, mejor, el autor de la *Continuatio Hispana*, que escribía un siglo después de este acontecimiento, narra que la misión de Tajón tuvo por fin buscar la parte de los *Morales* de San Gregorio, que faltaba en España, y que, habiendo llegado a la ciudad eterna y dilatándose el Papa Martín I en despacharle por sus muchas ocupaciones, y por no ser fácil hallar los códices deseados en el Archivo Vaticano, se pasó Tajón toda una noche en la Basílica de San Pedro, rogando al Señor le manifestara dónde estaba el tesoro que buscaba. Escuchó Dios su súplica y se lo reveló. Enterado de ello el Pontífice, le dió toda clase de facilidades para copiar los manuscritos apetecidos. Hízolo Tajón por su propia mano, y tornó con las copias a España (2).

Esta leyenda ha sido triturada por el P. Serrano en un artículo bien fundamentado (3), en el que prueba que, habiendo San Isidoro utilizado en todas sus partes los *Morales* de San Gregorio, es inexacto que faltara nada de ellos, por lo menos en algunos de los manuscritos españoles. ¿Cómo creer, además, que en Roma no supieran dónde se encontraba una obra tan excepcional, a los pocos años de

(1) MIGNE. *PL.*, tomo 81, col. 15.

(2) MGH. *Auctorum Antiquissimorum Chronica Minora*, IX, 1; págs. 341-342.

(2) *Una leyenda del Crónicón Pacense* (*Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*; 1909, tomo XX, págs. 401-420.)

haber muerto su autor? Lo que hay de cierto en todo esto es que Tajón fué a Roma a copiar las obras de San Gregorio, que no existían en España, y llegado allí, las copió por su propio puño y, enriquecido con ellas, emprendió su viaje de vuelta. Precisamente San Isidoro, al hacer el elogio del gran Papa, dice expresamente, después de haber mencionado el *Libro de la Regla pastoral*, los *Morales* y *Algunas cartas* (que era lo único que él conocía): «Se cuenta que el mismo santísimo varón escribió otros *Libros Morales* y expuso en *homilías* al pueblo todo el texto de *Los Cuatro Evangelios*, obra que yo no conozco. Feliz, mil veces feliz el que ha podido lograr conocer todos sus estudios» (1).

El autor de la *Continuatio Hispana* afirma que la embajada de Tajón se realizó a impulsos del rey Chindasvinto; pero nada de esto dicen ni el mismo Tajón en la carta en que da cuenta de su viaje a Eugenio (2), Arzobispo de Toledo, ni los documentos contemporáneos. Creemos que no será aventurado suponer que la idea la recibió el presbítero español de las palabras citadas de San Isidoro. En efecto, a los quince o veinte años de haberlas escrito el gran Arzobispo de Sevilla, redactó San Ildefonso de nuevo el elogio de San Gregorio, inspirándose en lo que de él había dicho Isidoro, pero añadiendo por su propia cuenta: «Escribió, además, este excelentísimo doctor, exceptuando los opúsculos mencionados por Isidoro, de buena memoria, otros libros morales, a saber: *Veintidós homilías sobre el profeta Ezequiel*, distribuïdas en dos libros, en las que diserta ampliamente en sentido místico y moral, y con abundancia de frase, sobre las divinas Escrituras. El Libro de Salomón, que se intitula *Cantar de los cantares*, lo recorre todo, exponiéndolo desde el punto de vista moral. Dió al público también cuatro libros acerca de la vida de los Padres que vivían en Italia, reunidos en un solo volumen, al que llamó *Libro de los diálogos*. Los misterios que en ellos se esconden y los documentos admirables que allí hay para encender el amor por la vida celestial, lo puede fácilmente ver el estudioso. Existen asimismo muchas cartas dirigidas por él a distintas personas en estilo claro y limado; el que las leyere, advertirá francamente que fué un hombre de purísima intención para con Dios y de un celo ardentísimo de las almas. Todas

(1) *De Viris Illustribus*, cap. XL, pág. 67.

(2) *España Sagrada*, tomo 31, pág. 168.

estas cartas puestas en un volumen, determinó llamarlas *Registro*. Se dice que compuso otros Opúsculos, pero no han llegado hasta nosotros» (1). ¿Sería aventurado afirmar que las obras copiadas por Tajón en Roma, poco antes de que escribiera San Ildefonso lo anterior, eran algunas de las citadas por el Arzobispo de Toledo y desconocidas de San Isidoro? Tanto más, cuanto que Tajón aprovecharía el viaje y no se contentaría con transcribir una que otra, sino todas las que cayeran en sus manos. De hecho en sus *Cinco libros de las sentencias* aduce, aparte de los Morales, varios pasajes de la *Regla pastoral* y de las *Homillas sobre Ezequiel y los Evangelios*.

Prosiguiendo la historia de la supervivencia de los Morales en la literatura hispana, podemos señalar el influjo que ejerció en el tratado *De cognitione Baptismi*, de San Ildefonso; en el *Prognosticon futuri saeculi* y en el *Antikeimenon*, de San Julián; en la *Confesión de fe*, de San Félix, Obispo de Urgel; en el *Memoriale sanctorum*, de San Eulogio; en la correspondencia sostenida por Juan, Arzobispo de Sevilla, con Alvaro de Córdoba; en el *Indiculus luminosus* de este último, y en el tratado de D. Lucas de Tuy contra los albigenses.

Aun subsisten varios códices antiguos, en que se nos conserva la obra. El P. Serrano hace mención de tres, que se hallan en la Biblioteca de El Escorial, pertenecientes al siglo XIII: uno de la Nacional de Madrid, escrito por Florencio en Baralangas, cerca de Burgos, el año 945, y dos de la Catedral de Toledo, uno del siglo X y otro del XII; pero se podrían señalar otros varios, si se hiciera una investigación cuidadosa. Desde luego, en el Archivo de la Real Colegiata de San Isidoro, de León, existen dos más, a saber: el copiado por Baltario en el escritorio de San Vicente, de la región leonesa, el año 951, y otro del siglo XII. A la Real Academia de la Historia ha ido a parar uno que se copió en el siglo X, en el Monasterio de San Millán de la Cogolla, y a Manchester de Inglaterra el transscrito en Cardeña el año 914 por el diácono Gómez para el abad Damián. Aun se podrían encontrar nuevos ejemplares, investigando otras Bibliotecas y Archivos; pero baste notar que en los catálogos medioeiales españoles está registrada nada menos que ochenta veces (2).

Ni se redujo a ese tiempo su vida e influjo. Los *Morales* fueron

(1) *De viris illustribus*, cap. I, pág. 131.

(2) Véase el índice de Bæhr, *Handschriftenschätze Spaniens*, Viena, 1894, pág. 635.

traducidos al romance en el siglo XIV. La primera de estas traducciones, que se nos conserva en varios códices de la Biblioteca Nacional y de El Escorial, es anónima. La otra, en cambio, salió de la pluma del célebre Canciller, D. Pedro López de Ayala, hecha expresamente para la formación de sus hijos. Uno de estos ejemplares, en tres volúmenes, en vitela, que aun existen en la Biblioteca Nacional de Madrid, con la signatura Bb, 53, 54, 55, formaba parte de la Biblioteca de la Reina Isabel la Católica. Ayala aprovechó los *Morales* en su *Rimado de Palacio*, y compuso un *Florilegio* o colección de sentencias breves entresacadas de ellos.

Otra traducción hizo el Licenciado Alfonso Alvarez de Toledo, dedicada a Don Alonso Manrique, arzobispo de Sevilla. La primera edición de esta versión salió a luz en 1515. Juan Cromberger daba la segunda en Sevilla el año 1527, y volvió a reproducirse en 1534 y 1549. Uno de los ejemplares más conocidos de esta traducción es el utilizado y acotado por Santa Teresa, que se conserva en Avila, y sobre el que la simpática escritora se benefició no poco de esta obra; y se podría hacer un trabajo precioso (como ya indicaba el P. Serrano) estableciendo taxativamente lo que la Santa tomó de ella para sus escritos.

* * *

Volviendo de nuevo a los tiempos visigodos, sabemos que la adquisición literaria de Tajón en Roma despertó el interés de los sabios españoles; y al enterarse de ello San Braulio, le escribió inmediatamente, pidiéndole las obras que había traído consigo para copiarlas en su escritorio de Zaragoza, con la promesa de devolvérselas cuanto antes (1).

San Braulio tuvo en este movimiento intelectual una parte principalísima, no por sus propios trabajos, sino por el ánimo que infundió a sus compañeros y por el ahínco que siempre puso en enriquecer su biblioteca. Toda su correspondencia está llena de noticias referentes a libros y manuscritos. El Rey Recesvinto le envió un Códice, cuyo contenido ignoramos, para que lo corrigiera, y el Santo le responde:

«A nuestro glorioso Señor, el Rey Recesvinto, Braulio, siervo in-

(1) *España Sagrada*, tomo 30, 1775, pág. 382.

útil vuestro y de los siervos de Dios.—La tardanza en cumplir lo prometido es cierto género de mentira; por eso quiero justificar la mía en esta ocasión. Las equivocaciones del Códice que me envió para enmendarlo son tales, que parece haberse aunado todas las fuerzas contra mi pobre ingenio; y al querer vencerlas, la misma vista, indecisa, como que se volvía contra mí y multiplicaba la obscuridad. El improbo trabajo que en la corrección he puesto, los sinsabores que me ha proporcionado, las veces que he perdido la esperanza de poderlo terminar y desfallecido por diversas enfermedades, lo he dejado para volverlo de nuevo a emprender, espoleado por el mandato regio, añadiendo versos y borrando letras, creo lo comprenderá Vuestra Majestad. Porque está tan lleno de descuidos de los copistas, que apenas hay una frase que no necesite enmienda; así que hubiera sido más breve escribirlo de nuevo, que corregirlo. Entérenos Vuestra Majestad de la prosperidad de sus reinos, pues tenemos grandes deseos de saber noticias, y entre tanto pedimos al Dios Omnipotente se sirva conservar bien y feliz a Vuestra Clemencia» (1). A esta carta respondió el Rey con otra en un estilo ampuloso y muy de la época. Algo más tarde le anuncia Braulio en una segunda epístola el envío del manuscrito corregido, a la que contesta el Rey, dándole las gracias más expresivas y alabando su bondad y diligencia (2).

San Fructuoso monje del Vierzo y obispo de Braga hacia el año 556 se dirige a Braulio en cierta ocasión rogándole «que haga el favor de mandarle las *Colaciones* de Casiano, la vida de San Honorato y Germano y la que él había escrito de Emiliano, que no se encontraban por aquellas tierras. Las siete *Colaciones* de Casiano, prosigue, dirigidas a Joviniano, Minervio, Leoncio y Teodoro ya las tenemos gracias a los cristianos; las que nos faltan son las diez que enderezó a Heladio y Leoncio, obispos, y las siete que asegura haber hecho para San Honorato y Euquerio» (3). Al mismo tiempo le hace una porción de preguntas sobre ciertas dudas en la interpretación de las Escrituras. San Braulio responde primero a éstas, basándose en San Agustín, San Jerónimo y San Euquerio; y añade que acerca de esas cuestiones había leído otros muchos tratadistas, pero que no se acordaba en qué obras; por fin contesta a la demanda de las *Colaciones*

(1) *España Sagrada*, tomo 30, 1775, pág. 375.

(2) *Ibid.*, págs. 375-377.

(3) *Ibid.*, pág. 384.

con estas palabras: «Resueltas las dificultades, pasemos a hablar de los Códices, que me pedís. Desgraciadamente no los tengo duplicados, es más, de algunos ni siquiera encuentro ejemplares en mis armarios. Me los han quitado y mis ocupaciones me han impedido buscarlos. Con todo, si Dios fuere servido, y me acompaña la vida, espero dar con ellos y poder mandároslos». No os aterre ni amilane la obscuridad que actualmente padecéis...; porque la Provincia, que habitáis, se precia de traer su origen de Grecia, que es la maestra de las letras y del ingenio. De ella proceden, si recordáis, los elegantísimos y doctísimos varones, Orosio presbítero, Toribio obispo, Idacio, Carterio, honorable por su ancianidad y Pontífice de gran erudición (por no mencionar a otros muchos)» (1).

El cuidado que tenía Braulio por enriquecer su biblioteca, lo demuestran estas frases dirigidas a San Millán, abad del Monasterio de la Cogolla en la Rioja: «Te ruego, le dice, me envíes para copiarlo el *Libro de Apringio*, obispo Pacense, sobre el Apocalipsis, porque lo ando buscando por todas partes, y en ninguna lo encuentro. A vosotros os será fácil obtenerlo en esa, dado vuestro poder y la celebridad de vuestra ciudad. Haced el favor de buscarlo, aunque no lo tengáis vosotros y enviádmelo. Me acuerdo que hace tiempo lo poseía el Conde Lorenzo. Buscadlo, pues, y cumplid mis deseos, que yo haré se transcriba y se os devuelva lo más pronto posible» (2). Desgraciadamente el Códice no fué hallado. Emiliano se lo comunica así a Braulio:

«He buscado con toda diligencia el libro que me pedíais, bien lo sabe Dios; y he dado órdenes para que se buscara entre los volúmenes del Conde Lorenzo, pero todo ha sido inútil, porque, si bien es verdad que nos preocupamos por la conservación de la Biblioteca del Conde, pero, como vos bien sabéis, no pudimos impedir se dispersara» (3). Precisamente este Comentario de Apringio sobre el Apocalipsis debió extenderse muy poco y aun hoy día es de los libros más raros de la antigüedad, no conociéndose más que un códice incompleto, que se conserva en Copenhague, dado a luz en 1900 por el P. Férotin, O. S. B. (4). El interés de esta obra estriba, no sólo en su

(1) *España Sagrada*, tomo 30, 1775, pág. 358.

(2) *Ibid.* pág. 358.

(3) *Ibid.* pág. 359.

(4) *Apringius de Beja. Son Commentaire sur l'Apocalypse*, París, 1900.

mérito intrínseco, sino en haber servido de base a la célebre exposición del Apocalipsis de San Beato de Liébana, de la que se nos conservan actualmente veintiún códices, importantísimos por su texto, su carácter paleográfico y sus miniaturas.

Curiosa por demás es la noticia, que encontramos en una carta dirigida por Braulio al abad Frunimiano. Le había pedido éste pergamino para su escritorio, y aquél le responde: «No os lo puedo mandar, porque ni yo tengo bastante para mí. Sin embargo ahí os envío el precio, para comprarlo, si queréis» (1). A renglón seguido añade que le expide a él y a sus monjes un comentario sobre San Pablo, a fin de que lo transcriban, no seguido, como está el ejemplar que envía, sino dividido en capítulos, y poniendo a cada uno la explicación respectiva, para que le ahorren el trabajo de tenerlo que transcribir de nuevo.

La formación literaria de San Braulio, no fué meramente eclesiástica. Al hacer la reseña de las obras de San Isidoro aduce en su elogio un pasaje de los libros Académicos de Cicerón (2) y escribiendo a Tajón una epístola para explicar ciertas frases de otra que le habían molestado, dice expresamente que se había formado en los clásicos, y había leído entre otros a Esopo, Horacio, Virgilio, Ovidio, Apio y Terencio, de los que cita versos y a los que alude en diferentes ocasiones (3).

Z. GARCÍA VILLADA.

(Concluirá.)

(1) *España Sagrada*, tomo 30, pág. 337.

(2) *Migne, PL.*, tomo 81, col. 17.

(3) *España Sagrada*, tomo 30, pág. 331.

